

V

LOS DOS HERMANOS

I

Éranse una vez dos hermanos, uno rico y otro pobre.

El rico era platero y tenía el corazón tan duro como la piedra con que tocaba el oro.

El pobre se ganaba la vida haciendo escobas, y era bueno y honrado.

El pobre tenía dos hijos varones; el rico no tenía ninguno.

Estos dos hijos eran gemelos y se parecían tanto que, en su infancia, sus padres hubieron de hacerles una señal para conocerlos.

Iban y venían á menudo á la casa del rico, y á veces recogían algunas sobras de su mesa.

Aconteció, pues, que, yendo el pobre un día al bosque á cortar leña, divisó un ave de oro tan

hermosa que jamás había visto nada parecido. Cogió una piedra, se la tiró y dió en el ave.

Pero como sólo tocó la punta del ala, en el momento en que el ave la extendía para remontarse, no cayó sino una pluma; pero esta pluma era de oro.

El pobre fabricante de escobas la cogió y se la llevó á su hermano, que la examinó, la ensayó con la piedra de toque y dijo:

—Es de oro puro, sin ninguna mezcla.

Y le dió mucho dinero por su pluma.

Al otro día, el pobre trepó á un abedul para cortar algunas ramas. Pero de pronto la misma ave que había visto la vispera echó á volar por segunda vez.

Entonces reconoció cuidadosamente el árbol, y encontró su nido, en el cual había un huevo, que era de oro, como el ave.

Llevóse este huevo á casa y se lo enseñó á su hermano, que le dijo de nuevo:

—Es de oro puro, sin ninguna mezcla.

Y le dió escrupulosamente su valor, pero añadiendo:

—Quisiera tener el ave: te la pagaré muy bien.

El pobre volvió al otro día al bosque y vió el ave posada en un árbol.

Cogió una piedra, la apuntó cuidadosamente, la alcanzó, y aquella vez la mató.

El ave cayó al suelo.

El pobre fabricante de escobas la cogió y se la llevó á su hermano.

—Toma, le dijo; aquí tienes el ave que me has pedido.

El platero le dió veinte monedas de oro.

El pobre escobero se marchó muy contento á su casa, pues tenía con que vivir por espacio de un año. Así fué que durante este tiempo no hizo una escoba.

El platero era hombre instruído y astuto, y conocía la leyenda del ave de oro.

Llamó á su mujer y le dijo:

—Asa el ave de oro y ten mucho cuidado de que no se pierda nada de ella. Tengo muchas ganas de comerla yo solo toda entera.

Como podréis suponer, queridos niños, el ave no era un pájaro ordinario, y el que se comiera su hígado y su corazón podía tener la seguridad de encontrar todas las mañanas, al despertarse, dos monedas de oro debajo de la almohada.

La mujer arregló el ave convenientemente, la ensartó en el asador y la puso á asar.

Pero sucedió que, mientras el ave se asaba, la mujer tuvo que salir para una diligencia precisa, y los dos hijos del pobre escobero llegaron á casa de su tío, entraron en la cocina, y, temiendo que el ave se quemara, dieron unas cuantas vueltas al asador.

Durante una de ellas cayeron dos pedazos del ave en la cazuela de la grasa.

—Bueno, dijo el mayor al menor; todo lo que cae en el foso es para el soldado.

Entonces cada uno de los dos niños cogió un pedazo y se lo comió.

En esto la mujer volvió y los vió comer alguna cosa.

—¿Qué habéis comido? les preguntó.

—Dos pedazos que han caído de dentro del pájaro, le contestaron.

—¡Es el corazón y el hígado! exclamó la mujer, muy asustada.

Y, para que su marido no adivinara nada, mató en seguida una paloma, y, sacándole el corazón y el hígado, los metió en el ave de oro.

Tan luego como estuvo asada, se la sirvió al platero, que se la comió toda, sin dejar un pedazo; pero cuando á la mañana siguiente miró debajo de la almohada para encontrar las dos monedas de oro, se quedó sorprendido al ver que no había nada.

Los dos niños ignoraban la fortuna que les había cabido en suerte. Pero á la mañana siguiente del día en que comieron, el uno el hígado, y el otro el corazón del ave de oro, al levantarse hicieron caer algo que produjo ruido.

Recogieron lo que había caído y vieron que eran dos monedas de oro.

Se las llevaron á su padre, que se admiró mucho y dijo:

—¿Cómo ha sucedido esto?

Y cuando al otro día encontraron dos monedas, y al otro, y al otro, y lo mismo todas las mañanas, el escobero fué á ver á su hermano el platero y le contó tan extraño suceso.

El platero adivinó al punto cómo había sucedido aquello y que los niños habían comido, el uno el corazón y el otro el hígado del ave de oro.

Y para vengarse, y porque era envidioso y cruel, dijo á su padre:

—Tus hijos tienen tratos con el demonio: ese oro causará tu desgracia. Por consiguiente no los tengas más tiempo en tu casa: después de haberlos endemoniado, Satanás te endemoniará á ti.

—Pero, hermano, ¿qué quieres que haga de esos dos pobres inocentes?

—Extravíalos en el bosque. Si el diablo no tiene intervención en lo que les sucede, Dios los protegerá. Si, por el contrario, están entregados á Satanás, ya se cuidarán de desembrollar el asunto con él.

Por grande que fuera el dolor que le causara, el pobre escobero siguió el consejo de su hermano.

Llevó á sus hijos al bosque y los abandonó en el sitio en que la espesura era más enmarañada.

Al poco rato los dos niños notaron que su padre no estaba allí, y cuando trataron de volver á su casa comprendieron que se habían extraviado.

Cuanto más andaban, más se introducían en el bosque.

Así anduvieron toda la noche, llamando y gritando; pero nadie les contestó más que los lobos con sus aullidos, los zorros con sus gritos y los buhos con sus chillidos.

Por fin, á la mañana siguiente encontraron á un cazador, que les preguntó:

—¿De quién sois, hijos míos?

—¡Ah, señor! contestaron. Somos hijos de un pobre escobero que no ha querido tenernos en su casa porque todas las mañanas encontrábamos mi hermano y yo una moneda de oro debajo de la almohada.

—Creo que no hay gran mal en ello si continuáis siendo buenos y si esa moneda de oro no es causa de que cada uno de vosotros se oculte bajo la capa de un perezoso.

—Señor, dijeron los dos niños, somos buenos, y lo único que deseamos es trabajar.

—Pues bien, venid conmigo, dijo el buen hombre; yo haré para vosotros las veces de padre y os educaré.

Y como no tenía hijos, los recogió en su casa y cumplió la promesa que les hizo.

Entonces aprendieron á cazar, y llegaron á ser los mejores tiradores de la comarca.

Además, como todas las mañanas cada uno de los jóvenes encontraba una moneda de oro debajo de la almohada, el cazador ponía aparte cuidadosamente esta moneda, para que algún día cada uno encontrara en caso de necesidad su pequeño tesoro.

Cuando fueron grandes y tenían ya adquirida fama de cazadores, su padre adoptivo los llevó un día al bosque.

—Hoy, les dijo, cada uno de vosotros va á disparar su tiro de honor, para que yo pueda reconocerlos por cazadores y daros la libertad.

Y en seguida se fueron al acecho.

Pero aguardaron largo tiempo, porque no aparecía pieza alguna.

El viejo cazador miró al aire y vió una gran bandada de patos silvestres que volaban formando un triángulo.

—¡Ea! dijo al mayor, que se llamaba Wilfrido. Mata el pato que vuela en cada extremo.

Wilfrido apuntó, hizo fuego y mató los dos patos indicados por el padre adoptivo.

De este modo disparó su tiro de honor.

Al poco rato apareció otra bandada de patos, pero volaban en una sola línea.

—Ahora te toca á ti, dijo el padre adoptivo al hermano menor, que se llamaba Gottlieb; mata el primero y el último de esos patos.

Y Gottlieb hizo fuego dos veces, y á cada tiro mató el pato designado.

También él había disparado su tiro de honor.

El padre adoptivo dijo á los dos hermanos:

—Habéis concluido vuestro aprendizaje de cazadores: sois libres.

Entonces los dos jóvenes se separaron de su padre adoptivo y hablaron unas cuantas palabras en voz baja.

Luego regresaron con él á la casa.

Pero cuando llegó la noche y se los llamó á cenar, Wilfrido, tomando la palabra en su nombre y en el de su hermano, dijo al viejo cazador:

—Padre, no tocaremos ningún alimento antes que hayáis accedido á una petición.

—¿Qué petición es ésa? preguntó el viejo cazador.

Wilfrido respondió:

—Según habéis confesado, hemos concluido nuestro aprendizaje de cazadores. Ahora queremos ver mundo. Permitidnos, pues, á mi hermano y á mí, que partamos y viajemos.

El anciano, apenas hubo oído estas palabras, contestó alegremente:

—Habláis como verdaderos cazadores, y lo que queréis es mi propio deseo. Marchad, pues, y os predigo que tendréis buena suerte.

Entonces comieron y bebieron, muy contentos.

Cuando llegó el día designado para la marcha, el anciano cazador dió á cada uno de sus hijos

adoptivos una buena escopeta de dos cañones, y les dijo que tomaran del tesoro común tantas monedas de oro como quisieran.

Luego los acompañó un buen trecho de camino, y, al llegar al punto en que se había propuesto separarse de ellos, les dió, antes de despedirse, un hermoso cuchillo de hoja brillante y sin mancha alguna, y les dijo:

—Si algún día tenéis que separaros, hijos míos, clavad este cuchillo en un árbol, en el sitio en que se dividan los caminos; y cuando uno de vosotros vuelva por este camino podrá conocer lo que le ha sucedido á su hermano, porque, si uno de los dos ha muerto, el lado de la hoja vuelto hacia el camino que haya tomado estará enmohecido, mientras que, si vivis los dos, la hoja se conservará pura y brillante.

Wilfrido tomó el cuchillo; luego los dos abrazaron á su padre adoptivo y emprendieron la marcha.

Por la noche llegaron á una selva tan grande que ni siquiera se les ocurrió la idea de atravesarla en el mismo día. Sentáronse, pues, al pie de un árbol, comieron de lo que llevaban en su zurrón y durmieron al aire libre.

Al otro día siguieron andando; pero, por más que no se detuvieron, á eso de las cinco de la tarde aun no habían salido de la selva.

Como tuvieran ya los zurrónes vacíos, un hermano dijo al otro:

—O hemos de matar un animal cualquiera para comerlo, ó vamos á pasar muy mala noche.

Cargó entonces su escopeta, y, registrando las malezas con el pie, hizo salir una liebre.

La apuntó, é iba ya á disparar, cuando la liebre le gritó:

—Buen cazador, perdóname la vida y te daré dos lebratos.

Era dejar lo cierto por lo dudoso; pero el joven confió en la palabra de la liebre que se metió en la espesura, y al poco rato le llevó, en efecto, dos liebres pequeñas.

Pero eran tan bonitas y jugaban una con otra con tanta gracia, que los cazadores no pudieron resolverse á matarlas. Las conservaron, pues, y los lebratos, agradecidos, los siguieron como dos perros.

Pero era preciso comer, y, aunque ambos jóvenes mitigaron un poco su hambre con bellotas dulces, uno de ellos, que levantó una zorra, la apuntó.

Pero la zorra le dijo:

—Buen cazador, perdóname la vida y te daré dos zorrillos.

El cazador pensó que mejor sería comer dos zorrillos tiernos que una zorra vieja, y, bajando su escopeta, le indicó con un ademán que accedía al cambio, y al poco rato la zorra le llevó dos hijuelos.

Pero, al ir á matarlos, no tuvieron corazón para hacerlo, y los dieron por compañeros á los dos lebratos, contentándose con cenar un puñado de castañas que derribaron de un árbol.

Además, estaban resueltos á matar el primer animal que se presentase.

Este primer animal fué un lobo.

Uno de los jóvenes iba á matarle, cuando el lobo le gritó:

—Buen cazador, perdóname la vida y te daré dos lobeznos.

Los jóvenes aceptaron el cambio y juntaron los dos lobeznos á los dos lebratos, que los seguían ya.

Apareció en seguida un oso, que, al verse amenazado, se apresuró á gritar, como los otros:

—Buen cazador, perdóname la vida y te daré dos oseznos.

Trajo, en efecto, los dos oseznos, que juntaron á los otros animales; y como no tan sólo eran los más fuertes, sino también los más formales y razonables, los jóvenes les encargaron de cuidarlos y vigilarlos.

Apenas acababan de hacer esta recomendación y entraban en funciones, cuando un león se acercó á ellos rugiendo y sacudiendo su melena; pero, sin asustarse por aquellas amenazas, los dos cazadores les apuntaron sus escopetas, é iban ya á dispararlas simultáneamente, cuando el león, viendo con quién tenía que habérselas, les gritó:

—Buenos cazadores, perdonadme la vida y os daré dos leoncillos.

Y fué á buscarlos; de suerte que los cazadores reunieron dos leones, dos osos, dos lobos, dos zorros y dos liebres, que los seguían y los servían.

Pero como no encontraran casi nada que comer en aquella selva y el hambre apretaba, dijeron á los dos zorros:

—Vamos á ver: vosotros que sois astutos, ¿podéis proporcionarnos algo que comer?

Los zorros entraron en consulta, y después dijeron:

—Cerca de aquí hay una aldea de donde nuestros padres nos traían gallinas: os enseñaremos el camino.

Los zorros enseñaron el camino de la aldea á los dos hermanos, los cuales compraron allí algo que comer, y pudieron también dar alimento á sus bestias y en seguida se pusieron en marcha.

La zorros conocían en las cercanías una porción de buenos gallineros y podían indicárselos á los jóvenes cazadores, que desde aquel momento, y gracias á los zorros, no padecieron ya hambre.

Así viajaron algún tiempo ofreciendo sus servicios á los grandes señores cuyos castillos, encontraban al paso; pero en todas partes les decían:

—Necesitamos un cazador; pero no dos.

Por esto resolvieron separarse.

Repartieronse los animales, de modo que cada cual se quedó con un león, un oso, un lobo, un zorro y una liebre, y en seguida se despidieron, jurándose amistad fraternal hasta la muerte.

Pero antes de separarse hincaron en un árbol el cuchillo que les había dado su padre adoptivo, y Wilfrido se encaminó al oriente y Gottlieb al occidente.

Sigamos á Gottlieb, el más joven de los dos, cuyo nombre significa *amado de Dios*.

II

Gottlieb llegó en breve, con su león, su oso, su lobo, su zorro y su liebre, á una gran ciudad que estaba toda colgada de negro.

Rogó al primero que encontró que le indicara una posada, y se le dirigió á la del *Cuerno de ciervo*, título mal expresado, porque no se dice cuerno, sino asta de ciervo.

Fué, pues, á la posada del *Cuerno de ciervo*, alquiló un cuarto para él y una cuadra para sus animales, que habían adquirido la costumbre de vivir juntos y en buena armonía, y sabían dormir en la misma paja, como si todos fuesen de igual especie.

El posadero le dió un buen cuarto para él; pero para sus animales no le quedaba más que una cuadra que tenía un agujero abierto en la pared.

La liebre fué la primera que pasó por él. Como tenía las patas más ágiles, por lo general se la enviaba á explorar el terreno. Verdad es que, por ser de un carácter muy tímido, á lo mejor la sobrecogían terrores pánicos, y volvía con las noticias más absurdas. En este caso, se enviaba al zorro, que era sumamente astuto y solapado, siendo raro que á su regreso no se supiera á punto fijo lo que en realidad había que temer ó que esperar.

Aquella vez la liebre fué sencillamente á buscar provisiones, y volvió con una col.

El zorro pasó á su vez por el agujero y salió con una gallina.

El lobo, encogiéndose cuanto pudo, siguió al zorro y cazó un cordero.

Pero el oso y el león no pudieron pasar, y el posadero les dió una vaca vieja, con la cual pudieron saciarse tres días.

Cuando Gottlieb hubo atendido á la manutención de sus animales, lo que era siempre su primer cuidado, preguntó al posadero por qué estaba enlutada la ciudad.

—Porque mañana morirá la hija de nuestro rey, le contestó.

—¿Tan enferma está? preguntó el joven.

—No, respondió el posadero; al contrario, es joven, lozana y robusta; pero debe morir y de una muerte bien cruel.

Y, al decir esto, exhaló un gran suspiro.

—Pero ¿cómo es eso? preguntó Gottlieb.

—Allá arriba, en la montaña, contestó el posadero, hay un gran dragón de siete cabezas que todos los años devora una doncella: de lo contrario, devastaría el país. Como se las ha comido ya todas, sólo queda la hija del rey, y, no pudiéndose esperar que el dragón la perdone, mañana llevarán á la hija del rey á la montaña, y pasado mañana estará muerta.

—Y ¿por qué no matan al dragón? preguntó el hijo del cazador.

—¡Ay! Gran número de caballeros lo han intentado, pero han pagado con la vida esta tentativa.

—Está bien, respondió Gottlieb; dejadme reflexionar un momento sobre lo que acabáis de decirme.

Gottlieb bajó á la cuadra, reunió sus anima-

les en consejo, y, como presidente, se sentó en un escabel.

Cuando hubo expuesto la situación, el león rugió, el oso gruñó, el lobo aulló, el zorro meditó y la liebre tembló.

El león dijo:

—Hay que atacarle y hacerle pedazos.

El oso dijo:

—Hay que atacarle y ahogarle.

El lobo dijo:

—Yo haré lo que hagan los demás.

El zorro dijo:

—Con todo, debe haber algún modo de vencerle sin exponer el pellejo.

La liebre dijo:

—Lo mejor será huir y cuanto antes mejor.

El cazador dijo al zorro:

—Soy de tu parecer: sal é infórmate.

El zorro salió y volvió á las dos horas.

Había hablado del asunto con el zorro más viejo de las cercanías.

El zorro viejo le había dicho:

—No podré indicar á tu amo ningún modo de vencer al dragón; pero á la mitad del camino de la montaña hay una ermita consagrada á san Huberto, patrono de los cazadores. Di á tu amo que vaya á rezar esta tarde y que pase allí la noche: puede ser que san Huberto, al ver su devoción, le inspire alguna buena idea.

Gottlieb dió las gracias al zorro y se decidió á seguir el consejo de su viejo amigo.

Cuando se hizo de noche, sin hablar de lo que se proponía, sacó á sus animales de la cuadra y se encaminó con ellos á la capilla.

Llegado allí se arrodilló y rezó al santo, mientras que los animales se mantenían respetuosamente sobre sus patas traseras.

Después de rezar se tendió en un rincón y se durmió.

Entonces se le apareció san Huberto.

Estaba resplandeciente de luz.

—Mañana, cuando te despiertes, le dijo el santo, verás en mi altar tres copas de cristal: una llena de vino encarnado como el rubí, otra de vino amarillo como el topacio, y la tercera de vino blanco límpido como el diamante. El que apure el contenido de esas tres copas será el hombre más fuerte de la tierra, y entonces podrá levantar la piedra que hay debajo del pórtico de la capilla y coger la espada de Goliat, que está allí enterrada. Esta espada es la única que puede cortar las siete cabezas del dragón.

Gottlieb se despertó al amanecer, acordándose tanto de su sueño, que al abrir los ojos volvió la cabeza hacia el altar.

En el altar, donde no había nada la vispera, vió las tres copas.

Se acercó al altar, cogió las tres copas una tras otra y las vació.

A medida que las vaciaba le pareció que entraba en él la fuerza de todos los hombres de la creación y que, como Hércules, podría luchar con el león de Nemea, y, como Sansón, matar mil filisteos con una quijada de burro.

En seguida pasó al pórtico y vió la piedra debajo de la cual estaba enterrada la espada.

Llamó al oso y al león.

—Levantad esa piedra, les dijo,

El oso y el león lo intentaron, pero ni siquiera consiguieron moverla.

Entonces Gottlieb dijo:

—Pues lo probaré yo.

Y, pasando los dedos por debajo de la piedra, la levantó.

Debajo de ella había un sable de cuatro codos de largo, sin contar el puño, y que pesaba más de quinientas libras.

Gottlieb lo cogió é hizo con él un molinete tan fácilmente como si hubiera sido la espada de madera de un arlequín.

Entonces ya no dudó de que alcanzaría la victoria, puesto que tenía en su favor á san Huberto, el patrón de los cazadores, y subió animosamente á la cumbre de la montaña.

Entretanto había llegado la hora de entregar á la princesa; y el rey, con el mariscal y los cortesanos, la acompañó hasta el pie de la montaña.

La princesa continuó su camino con el mariscal hasta la capilla, donde debía permanecer este último para presenciar el sacrificio é ir luego á dar cuenta al rey.

La princesa continuó su camino hasta la cumbre, muy á pesar suyo y llorando copiosamente.

Al llegar á lo alto de la montaña se asustó mucho, porque creyó que el cazador y sus cinco animales eran el dragón que la iba á devorar.

Mas, por el contrario, el cazador, acercándose respetuosamente á ella, seguido de su león, de su oso, de su lobo, de su zorro y de su liebre, á la que había recomendado que mostrara la mayor tranquilidad posible, la saludó y le dijo:

—Bella princesa, no temáis nada de mí ni de los animales que me siguen; al contrario, muy lejos de querer haceros daño, hemos venido para pelear con el dragón y libertaros.

—Gallardo cazador, contestó la princesa, así Dios os proteja, pero no tengo mucha esperanza, no son pocos los que han probado lo que vais á intentar, y todos han perdido la vida.

—Pues bien, dijo el cazador, estimulado por la maravillosa belleza de la princesa, ú os liberraré ó perderé la vida como ellos, y de este modo no tendré el dolor de ver morir á la más hermosa princesa del mundo.

En aquel momento se oyó en el aire algo así como una tempestad: era el aleteo del dragón; luego se oscureció el espacio bajo una nube de humo que no era otra cosa sino el aliento del monstruo.

—Poneos al pie de ese roble, princesa, dijo Gottlieb, y rogad á Dios desde allí por vuestro fiel servidor.

La princesa, temblando con todo su cuerpo, fué á cobijarse bajo el roble, y la liebre la siguió. Los otros cuatro animales, es decir, el león, el oso, el lobo y el zorro, se quedaron junto á su amo.

Mientras tanto el dragón de siete cabezas había bajado poco á poco y ya no estaba más que á veinticinco ó treinta codos del suelo.

El cazador le aguardaba con la espada de Goliat en la mano.

Quando el dragón vió á Gottlieb, le dijo:

—¿Qué vienes á hacer en esta montaña? No te quiero mal: vete.

Gottlieb le contestó:

—Si tú no me quieres mal, yo he jurado matarte y vengo á luchar contigo. Conque defiéndete.

—Yo no me defiendo nunca, sino que ataco, respondió el dragón.

Y así diciendo se remontó á las nubes, en términos que pareció tan pequeño como una golondrina, y arrojando llamas por sus siete bocas, se dejó caer rápido como el rayo sobre el cazador, creyendo asirle entre sus garras y llevárselo por los aires como un milano se lleva un gorrión.

Pero Gottlieb hurtó el cuerpo, y de una estocada le cortó una pata.

El dragón lanzó un grito de dolor, se remontó y bajó de nuevo, aunque sin mejor resultado, porque, de otro tajo, Gottlieb le dejó sin otra pata.

Por tres veces más el dragón ensayó la misma maniobra, y cada vez perdió dos cabezas.

Debilitóse, por fin, hasta el punto de que, no pudiendo ya volar, se arrastró; pero, privado de sus patas, no pudo esquivar las arremetidas de Gottlieb, que de dos estocadas, le cortó la cola y la cabeza que le quedaba.

Luego llamó á sus animales y les entregó el cadáver del dragón para que se lo comieran.

Estos despedazaron al dragón; pero la liebre no se atrevió á acercarse al animal muerto, como no se había atrevido á acercarse á él cuando vivo.

Terminado el combate, el cazador fué en busca de la hermosa princesa, á la que encontró tendida al pie del roble, sin sentido.

Se había desmayado de miedo.

La liebre estaba á su lado, con los ojos cerrados, y, á no ser por el temblor convulsivo que agitaba todo su cuerpo, cualquiera la hubiera tenido por muerta.

Gottlieb se encaminó á un arroyo que corría allí cerca, cogió agua en una ancha hoja de ninfea y volvió á rociar con ella el rostro de la princesa.

La frescura de la aspersion la hizo volver en sí.

El cazador le enseñó el dragón muerto y le dijo:

—Princesa, ya no tenéis nada que temer: sois libre.

La princesa empezó por dar gracias á Dios, que había concedido fuerza y valor á su libertador, y luego, volviéndose á Gottlieb, le dijo:

—Ahora, gallardo cazador, vas á ser mi esposo, porque mi padre ha prometido casarme con el que matara al dragón.

Y para recompensar á los animales se quitó el collar de esmeraldas, con el que rodeó el cuello del león; sus pendientes de diamantes, que puso en las orejas del oso; su brazaletes de perlas, con el que adornó la pata del lobo, y dos sortijas de mucho valor, una de zafiros y otra de rubíes, que regaló al zorro y á la liebre.

Al cazador le dió su pañuelo mojado aún con sus lágrimas, y en las cuatro puntas del cual estaban bordadas sus iniciales en oro.

El cazador cortó las siete lenguas del dragón y las puso en el pañuelo.

Terminada esta operación, como quiera que estaba cansado del combate, dijo á la joven prin-

cesa, no menos rendida de temor que lo estaba él de cansancio:

—Princesa, estamos los dos tan postrados que para recobrar las fuerzas necesarias para bajar á la ciudad, deberíamos dormir un rato.

Ella contestó:

—Sí, querido cazador.

Y ambos se tendieron en el suelo uno junto á otro.

Pero antes de dormirse, el cazador dijo al león:

—León: tendrás cuidado de que nadie nos ataque mientras dormimos. ¿Lo oyes?

—Sí, contestó el león.

La princesa dormía ya.

El cazador se durmió á su vez.

El león se echó junto á ellos; pero como también estaba muy cansado, dijo al oso:

—Oso, hazme el favor de velar en mi lugar. Estoy tan cansado que necesito dormir un poco. A la menor señal de peligro, despiértame.

El oso se tendió junto al león; pero, á su vez, estaba tan postrado por el combate, que llamó al lobo y le dijo:

—Lobo: ya ves que no tengo fuerzas para tener los ojos abiertos. Si sucede algo, despiértame.

El lobo se tendió junto al oso, pero se le cerraban los ojos á pesar suyo; por lo cual hizo al zorro seña de que se acercase.

—Zorro, le dijo; me muero de sueño: ponte de centinela en mi lugar y despiértame al menor ruido.

Pero el zorro conoció que no podía estar de centinela como se le había recomendado: tan

grande era su cansancio. Así fué que llamó á la liebre y le dijo:

—Liebre: tú que no duermes nunca más que con un ojo, vela en mi lugar, y, si ves algo que te alarme, llámame.

Pero la pobre liebre había experimentado tales angustias, que en realidad era la más fatigada de todos. Así fué que apenas se le había recomendado la vigilancia, cuando dormía tan profundamente como todos los demás.

Así, pues, el cazador, la hija del rey, el león, el oso, el lobo, el zorro y la liebre estaban profundamente dormidos sin que nadie velara por ellos.

En esto, el mariscal, que se había quedado en la capilla para observar, no viendo que el dragón arrebatara por los aires á la hija del rey, y notando que todo estaba tranquilo en la montaña, se animó y avanzó paso á paso, ojo avizor, aguzando el oído y dispuesto á echar á correr al menor asomo de peligro.

Lo primero que vió al llegar á la cumbre fué al dragón hecho pedazos.

Entonces dirigió más lejos sus miradas, y vió á la hija del rey, al cazador y á sus animales, todos sumidos en el más profundo sueño; y como era hombre lleno de envidia y de ambición, se le ocurrió al punto la idea de hacerse pasar por vencedor del dragón y casarse con la hija del rey.

Mas para conseguirlo era preciso desembarazarse del verdadero vencedor.

Sacó, pues, su sable, y acercóse tan quedito á Gottlieb que no despertó á ninguno de los ani-

males; ni siquiera á la liebre, y, esgrimiendo su sable, de un solo tajo cortó la cabeza á Gottlieb.

En seguida despertó á la princesa, que se asustó mucho, pero el mariscal le dijo:

—Estás en mi poder, y voy á cortarte la cabeza como se la he cortado al cazador si no me juras que dirás que he sido yo quien ha muerto al dragón.

—No puedo decir tan gran mentira, contestó la princesa, porque en realidad es el cazador el que ha dado muerte al monstruo, y sus animales los que lo han rematado.

—Pues, á pesar de eso, harás mi voluntad, dijo el mariscal blandiendo sobre la cabeza de la princesa su sable ensangrentado, ó te hago pedazos y digo que es el dragón el que te ha destrozado.

La princesa se asustó tanto que juró cuanto quiso el mariscal.

Una vez arrancado este juramento, la llevó al rey, que creyó morir de alegría al ver á su querida hija, á la que daba ya por perdida.

El mariscal dijo al rey:

—Yo he dado muerte al dragón, con lo cual no sólo he libertado á la princesa, sino también al imperio: pido, pues, que sea mi esposa, según habéis prometido bajo vuestra palabra sagrada.

El rey se volvió á su hija, y como el mariscal no pasaba por hombre valeroso, le preguntó:

—¿Es cierto lo que dice el mariscal?

—¡Ah! Sí, contestó; preciso es que sea cierto; pero tengo empeño en que la boda no se celebre hasta de aquí á un año y un día.

El mariscal insistía en que el casamiento se

efectuase en seguida, pero la princesa se mostró firme en su deseo; y como el mariscal temía que si la violentaba la obligara á decirlo todo en un momento de desesperación, tuvo que acceder á tal demora.

En cuanto á la princesa, aunque vió la cabeza de su gallardo cazador separada del cuerpo, confiaba en que Dios, que había hecho ya un milagro en favor suyo, se dignaría quizás hacer otro.

III

Mientras tanto, los animales seguían durmiendo en la montaña del Dragón, alrededor de su amo, el cual dormía, sí, pero el sueño de la muerte.

Pero, cosa de una hora después que el mariscal hubiera cometido el crimen y llevádose á la princesa, un gran abejorro se posó en el hocico de la liebre.

La liebre, sin despertarse, se pasó la pata por el hocico y espantó al importuno.

Pero el abejorro acudió otra vez á posarse en el mismo sitio.

La liebre, dormida aún, le espantó de nuevo con la pata.

El abejorro volvió por tercera vez, y entonces no se contentó con hacer cosquillas á la liebre con sus patas, sino que le clavó el aguijón.

—¡Ay! exclamó la liebre despertándose.

Una vez despierta, la liebre despertó al zorro, éste al lobo, éste al oso y éste al león.

Pero cuando el león vió que la princesa se

había marchado y que su amo tenía la cabeza separada del cuerpo, se puso á rugir terriblemente gritando:

—Oso: ¿quién ha hecho esto? ¿Por qué no me has despertado?

—Lobo: ¿quién ha hecho esto? preguntó el oso. ¿Por qué no me has despertado?

—Zorro: ¿quién ha hecho esto? preguntó el lobo. ¿Por qué no me has despertado?

—Liebre: ¿quién ha hecho esto? preguntó el zorro: ¿Por qué no me has despertado?

Y como la liebre no tenía nadie á quien preguntar, los otros cuatro animales desahogaron en ella su cólera.

Todos querían matarla; pero ella tomó una actitud suplicante y les dijo:

—No me matéis. Sé de un bosquecillo, en lo alto de una colina, donde crece la raíz de la vida. Aquel á quien se mete esta raíz en la boca queda curado de toda enfermedad y aun de toda herida, y, aunque su cuerpo esté dividido en dos trozos, basta ponerle esa raíz en la boca y acercarlos para que vuelvan á juntarse.

—¿Dónde está ese bosque? preguntó el león.

—A doscientas leguas de aquí, contestó la liebre.

—Te doy veinticuatro horas de tiempo para ir y volver, dijo el león; echa á andar y trae un buen pedazo de raíz.

La liebre echó á correr con todas sus fuerzas, y á las veinticuatro horas estaba de vuelta con una raíz del tamaño y de la forma de un nabo.

El león dijo al oso:

—Tú, que eres diestro, ajusta la cabeza de

nuestro amo, mientras yo le sostengo de pie, y la liebre, subida en los hombros del lobo, le introducirá la raíz en la boca.

Los cuatro animales emprendieron la tarea con gran emoción, porque querían á su amo con todo su corazón; de suerte que se pusieron muy alegres cuando, después que la liebre hubo introducido la raíz de vida en la boca de Gottlieb, se juntaron la cabeza y el cuerpo, latió el corazón y volvió la vida.

Solamente les quedaba un temor: que la cabeza no hubiera quedado bien adherida. El zorro hizo cosquillas en la nariz de Gottlieb con su cola, Gottlieb estornudó y la cabeza no se movió.

Así, pues, la operación había salido bien.

Entonces el cazador preguntó á sus animales qué había sido de la princesa y qué había sucedido para que todos estuvieran tan preocupados.

Los animales se lo contaron todo sin ocultar su falta, que, á la verdad, habían redimido con su abnegación.

De pronto la liebre dió un grito de terror.

—¡Grandísimo torpe! dijo al oso. ¿Qué has hecho?

El oso miró á Gottlieb y por poco cae de espaldas.

Le había pegado la cabeza; pero en su emoción se la pegó al revés, es decir, que el pobre cazador tenía la cara en la espalda y la nuca hacia el pecho.

Afortunadamente el león había recomendado á la liebre que trajera un buen pedazo de raíz, y, según hemos visto, la liebre había seguido la recomendación.

El oso colocó el sable de Goliat, que cortaba como una navaja de afeitar, con el filo hacia arriba. El zorro, que era listo como un mono, puso el cuello de Gottlieb sobre la hoja precisamente en el sitio en que había sido ya cortado. El león hizo fuerza sobre la cabeza, que se desprendió casi sin dolor, y aquella vez, con más precaución que la primera, la cabeza quedó de nuevo ajustada, pero en su verdadero sitio, y, gracias á la raíz de vida, se pegó inmediatamente.

Pero Gottlieb estaba triste y á cada paso decía al león, suspirando:

—¿Por qué no me has dejado la cabeza y el cuerpo separados?

Y era que se figuraba que la princesa, por no casarse con él, le había hecho cortar la cabeza mientras dormía.

Se puso, pues, á recorrer el mundo enseñando sus animales, y todos corrían á ver á aquel león que llevaba un collar de esmeraldas, á aquel oso que tenía en las orejas pendientes de diamantes, á aquel lobo engalanado con un brazalete de perlas, y á aquel zorro y aquella liebre que tenían, el uno una sortija de rubíes, y la otra una de zafiros.

Aconteció, pues, que precisamente al cabo de un año estaba de vuelta en la misma ciudad, en la que había libertado del dragón de siete cabezas á la hija del rey.

Sólo que entonces en toda la ciudad había colgadas encarnadas.

Gottlieb preguntó á su posadero:

—¿Qué significa esto? Hace un año la ciudad

estaba enlutada, y hoy la veo con colgadas encarnadas.

El posadero respondió:

—¿Recordáis que hace un año la hija del rey debía ser entregada á un dragón?

—Sí, contestó Gottlieb.

—Pues bien: el mariscal luchó con el monstruo y lo venció, y mañana se celebrará su boda con la hija del rey: por esto la ciudad estaba enlutada hace un año, y hoy está de fiesta.

Al otro día, que era el de la boda, el cazador dijo al posadero:

—¿Apostáis algo á que hoy comeré pan de la mesa del rey?

—Apuesto cien monedas de oro á que no será así, contestó el posadero.

El cazador aceptó la apuesta y depositó un saquito que contenía la cantidad apostada; luego llamó á la liebre y le dijo:

—Ve corriendo á buscarme pan del que come el rey.

Como la liebre era la más pequeña y la menos importante de la manada, no pudo confiar á nadie el encargo y tuvo que desempeñarlo por sí misma.

—¡Ay, ay! pensó. Al correr sola por las calles de la ciudad, todos los perros de los barrios por donde pase me perseguirán.

Y así sucedió: á los cinco minutos de carrera llevaba detrás una verdadera jauría de perros de toda especie, con la visible intención de hincarle los dientes.

Pero la liebre corrió y salvó, de modo que apenas si se la veía pasar. En fin, reducida al

mayor extremo, acabó por deslizarse con tanta destreza en una garita que el centinela ni siquiera lo notó.

Los perros quisieron perseguirla allí también.

Pero el centinela, no sabiendo con quién se las había aquella jauría y creyendo que iba contra él, distribuyó á los perros gran número de culatazos, así como algunos bayonetazos.

Los perros se dispersaron aullando.

Tan luego como la liebre vió el paso libre, se lanzó fuera de la garita con gran sorpresa del soldado, y de un salto llegó á palacio, fué adonde estaba la princesa, se metió debajo de su silla y se puso á rascarle suavemente el pie.

La princesa creyó que era su perro favorito; pero como estaba en una de esas disposiciones de ánimo en que todo importuna, dijo:

—¡Vete, *Fénix*; déjame en paz!

Pero la liebre siguió rascando, y entonces la princesa se bajó y miró lo que era.

La liebre sacó entonces la pata en que llevaba el anillo.

La princesa conoció el rubí que había dado á la liebre de su libertador; estrechó al animal contra su pecho y se lo llevó á su cuarto.

—Querida liebre, le preguntó, ¿qué me quieres?

—Mi amo, que mató al dragón, contestó, está aquí, y me envía á buscar uno de los panes que come el rey.

La princesa, muy alegre, mandó llamar al panadero y le dijo que le trajera uno de los panes de la mesa del rey.

—Pero también será preciso, dijo la liebre,

que el panadero me lleve á casa de mi amo para que los perros no se coman el pan y á mi también.

El panadero cogió la liebre y uno de los panes en su mandil y los llevó á la puerta de la posada.

Allí la liebre cogió el pan entre sus patas delanteras, se empinó sobre las traseras, y saltando llevó el pan á su amo.

—Ya lo estáis viendo, dijo el cazador al posadero; las cien monedas de oro son mías. Este es el pan que el rey come, y la prueba es que lleva sus armas.

El posadero se quedó atónito; pero aumentó su asombro al oír que el cazador añadía:

—Ya tengo el pan del rey. Pues bien: ahora quiero tener parte de su asado.

—Quisiera verlo, contestó el posadero; pero esta vez no apuesto nada.

Gottlieb llamó á su zorro y le dijo:

—Querido zorro, ve á buscarme un poco de asado del que come el rey.

El zorro, á fuer de más solapado que su amiga la liebre, echó á correr por una callejuela, tomó por caminos extraviados, y se arregló de modo que ni un perro le vió.

Penetró como la liebre en el palacio, y, como la liebre, se metió debajo de la silla de la hija del rey y le rascó el pie.

Ella se bajó y miró. El zorro pasó entre los palos de la silla la pata en que llevaba el anillo de zafiros que la princesa le había dado.

Al punto se lo llevó la princesa á su cámara, donde tan luego como entró le preguntó:

—Querido zorro, ¿qué quieres?

—Mi amo, respondió el zorro, el que mató al dragón, me envía á pedirnos un poco de asado del que come el rey.

La joven mandó llamar al cocinero, y le ordenó que pusiera en un cesto el zorro y un pedazo de asado del rey, y llevara uno y otro hasta la puerta de la posada, lo que ejecutó el cocinero puntualmente.

Allí el zorro tomó el plato de manos del cocinero, espantó las moscas con su cola y se lo presentó á Gottlieb.

—Aquí tenéis el pan y el asado, dijo el cazador al posadero. Ahora voy á enviar á buscar verdura de la mesa del rey.

Llamando entonces al lobo, le dijo:

—Querido lobo, ve pronto á palacio y tráeme verdura de la que come el rey.

El lobo corrió en derechura al palacio, porque no tenía miedo de que le atacaran; entró hasta la cámara de la princesa, y tirándola del vestido hizo que se volviera. Le conoció por su brazalete de perlas, le acarició y, como estaba sola, le dijo:

—Querido lobo, ¿qué quieres?

—Mi amo, respondió el lobo, el que mató al dragón, me envía á pedirnos alguna verdura de la que come el rey.

La princesa llamó otra vez al cocinero, y le mandó que llevara verdura de la que comía el rey hasta la puerta de la posada.

El cocinero echó á andar, seguido del lobo como de un perro. A la puerta de la posada entregó el plato al lobo, que se lo llevó á su amo.

—Ya lo veis, dijo Gottlieb al posadero; aquí tengo pan, asado y verdura de la mesa del rey;

pero no estaría completa mi comida si no tuviera golosinas de las que come el rey.

Y llamando al oso le dijo:

—Querido oso, tú que conoces tan bien la miel, los confites y los pasteles, ve á palacio, y tráeme alguna golosina de las que come el rey.

El oso partió al trote corto, ocultándose aún menos que el lobo, porque, lejos de que le molestaran al paso, hacía huir á la gente. Al llegar á la puerta de palacio, el centinela le amenazó con la bayoneta, resistiéndose á dejarle entrar; y como el oso insistiera gruñendo, el centinela llamó á la guardia.

Pero el oso se enderezó sobre sus patas traseras y distribuyó á derecha é izquierda tantos y tan vigorosos manotazos, que los soldados de la guardia rodaron amontonados por el suelo; en seguida el oso entró tranquilamente, vió á la princesa, se puso detrás de ella y gruñó de un modo amistoso.

La princesa volvió la cabeza al oír el gruñido, que recordaba haber oído ya en alguna parte, y conoció al oso por sus pendientes de diamantes.

Entonces le llevó á su cámara y le dijo:

—Querido oso, ¿qué quieres?

—Mi amo, dijo el oso, el que mató al dragón, me envía á rogaros que le deis algunos dulces de los que come el rey.

La princesa mandó llamar al confitero, y le ordenó que llevara hasta la puerta de la posada una bandeja de dulces de la mesa del rey.

Al llegar allí, el oso se puso á recoger con la punta de la lengua todos los bombones que habían caído al suelo, y poniéndose luego de

pie, tomó la bandeja y se la entregó á su amo.

—¡Ah, señor posadero! dijo Gottlieb. Ya llegan mis golosinas. Ahora tengo pan, asado, verdura y postres de la mesa del rey: sólo me falta vino del que bebe el rey, porque no puedo comer todas estas cosas tan buenas sin beber.

Llamó, pues, al león y le dijo:

—Querido león: ve á palacio y tráeme vino del que el rey bebe en su mesa.

El león se puso al punto en marcha para ir á palacio. Al verlo, todo el mundo echó á correr como alma que lleva el diablo; los tenderos cerraron sus tiendas y los vecinos sus puertas. Cuando el león llegó delante de palacio, toda la guardia tomó las armas y quiso impedir la entrada; pero el león dió un solo rugido y los soldados huyeron llenos de miedo.

Entró, pues, en palacio sin obstáculo, llegó á la puerta de la cámara de la hija del rey y llamó con la cola; la princesa corrió á abrir y al pronto se asustó; mas le conoció en seguida por el collar de esmeraldas que llevaba al cuello y que procedía de ella, y le hizo entrar, diciéndole:

—Querido león, ¿qué quieres?

—Mi amo, respondió el león, el que mató al dragón, me envía para rogaros que le deis vino del que bebe el rey.

La princesa mandó llamar al sumiller, y le dijo que fuese á la bodega á sacar vino del rey, y lo llevara á la posada.

El sumiller bajó á la bodega, pero el león le dijo:

—Aguardá un momento, amigo sumiller; conozco á la gente de tu ralea, y voy á bajar á la

bodega contigo para ver lo que me vas á dar.

Siguió, pues, al sumiller á la bodega; y como aquél, creyendo engañarle fácilmente, quisiera sacar vino del que los criados bebían en la cocina, el león le dijo:

—¡Alto ahí, camarada! Necesito mostrarme digno de la confianza que mi amo ha depositado en mí, y probar el vino antes de llevárselo.

Sacó, pues, medio jarro y lo apuró de un trago; pero, meneando la cabeza, dijo:

—¡Ah, ah! ¿Esto es lo que querías darme, tunante? Saca otro vino, y pronto. Ese es bueno á lo sumo para los criados.

El sumiller miró al león de soslayo, pero no se atrevió á decir nada, y lo llevó adonde había otra cuba reservada para el mariscal del rey.

Pero el león le dijo:

—¡Alto ahí! Necesito probarlo.

Y sacó otro medio jarro, lo apuró de un trago, y, castañeteando la lengua, dijo, un poco más satisfecho:

—Es mejor que el otro; pero todavía no es el verdadero.

El sumiller se enfadó ya y repuso:

—¿Qué puede entender en vino un animal tan estúpido como tú?

Aun no había acabado de pronunciar esta frase, cuando el león le dió un coletazo que le echó á rodar hasta la otra parte de la bodega.

El sumiller se levantó y, sin decir una palabra, le llevó á otra bodega más pequeña donde estaba el vino reservado para Su Majestad y del que jamás bebía ninguna otra persona.

El león, después de beber medio jarro para

probarlo, meneó la cabeza de arriba abajo en ademán de satisfacción y dijo:

—Este, éste debe ser bueno.

Hizo, pues, que llenaran seis botellas, después de lo cual subió, seguido del sumiller; pero cuando estuvo en el patio, el aire libre produjo en él su efecto, y empezó á dar tantos trapiés, que el sumiller tuvo que llevar la cesta de las botellas hasta la posada, por temor de que el león las rompiera ó se las dejase robar.

Allí, el sumiller le puso el cesto en la boca, y el león se lo llevó á su amo.

Entonces el cazador dijo:

—Ya lo veis, señor posadero: tengo pan, vino, asado, verdura y postres de la mesa del rey. Ahora voy á comer como un príncipe con mis animales.

Y, así diciendo, se sentó á la mesa, dando al león, al oso, al lobo, al zorro y á la liebre su parte de pitanza, y comió y bebió bien, estando de buen humor, porque, dada la prontitud con que la princesa había atendido sus deseos, conoció que seguía amándole.

Concluída la comida, dijo al posadero:

—Ahora que he comido y bebido de lo que el rey come y bebe, voy á ir á palacio á casarme con la hija del rey.

—¿Cómo puede ser eso? preguntó el posadero. La princesa está ya prometida, y hoy mismo debe celebrarse la boda.

Entonces el cazador se sacó del bolsillo el pañuelo de la princesa que contenía las siete lenguas del dragón.

—Lo que hay aquí dentro, dijo al posadero,

me ayudará en mi proyecto, por insensato que os parezca.

El posadero abrió mucho los ojos y contestó:

—Creo todo cuanto me digáis; pero, por lo que hace á casaros con la hija del rey, apostaríá mi casa y mi jardín á que no ha de ser.

El cazador cogió un saco que contenía mil monedas de oro, y replicó:

—Apuesto todo esto contra vuestra propiedad.

Mientras que ocurría en la posada lo que acabamos de contar, el rey, estando á la mesa, dijo á su hija:

—¿Qué querían todos esos animales que han venido á buscarte y han entrado en mi palacio y han salido de él?

—No puedo decirlo, contestó la princesa; pero enviad á buscar á su amo y haréis bien.

El rey envió al punto uno de sus criados á decir al cazador que fuera á palacio.

El criado llegó á la posada precisamente en el momento en que el cazador acababa de hacer la apuesta con su huésped.

Entonces el cazador le dijo:

—Ya lo veis, querido pasadero: el rey me envía á uno de sus servidores para invitarme á ir á verle; pero yo no voy tan fácilmente á ver al rey.

Y volviéndose al mensajero le dijo:

—Vuelve y di al rey que se sirva enviarme un traje de gala, un carruaje tirado por seis caballos y una escolta de honor.

Cuando el mensajero transmitió esta respuesta al rey, éste preguntó á su hija:

—¿Qué debo hacer?

—Haced lo que os pide y haréis bien, contestó la princesa.

Entonces el rey envió al cazador un traje de gala, un carruaje tirado por seis caballos y una escolta.

Cuando Gottlieb vió el coche real, dijo al posadero:

—¿Ved como vienen á buscarme tal como yo deseaba?

Y se puso el traje de gala, subió al carruaje y fué á palacio.

Cuando el rey le vió llegar, preguntó á su hija:

—¿Cómo debo recibirle?

—Salid á su encuentro y haréis bien, le contestó.

El rey salió al encuentro del cazador y le introdujo en palacio, así como á sus animales.

Como había gran recepción, el rey le hizo colocarse entre él y su hija, enfrente del mariscal: pero éste no le conoció, aunque le había cortado la cabeza.

Entonces se expusieron á las miradas de los concurrentes las siete cabezas del dragón.

El rey dijo:

—Estas siete cabezas son las del dragón que mató el mariscal: por esta razón le doy hoy mi hija en matrimonio.

Entonces el cazador se levantó, abrió las siete bocas y dijo:

—Estas son, en efecto, las siete cabezas del dragón; pero ¿dónde están las siete lenguas?

El mariscal, que no había notado la falta de las lenguas, porque no se había atrevido nunca

á abrir las bocas del dragón, se puso pálido y contestó balbuceando:

—Los dragones no tienen lengua.

El cazador miró fijamente al mariscal y le dijo:

—Los embusteros son los que no deberían tener lengua; pero los dragones la tienen, y las siete lenguas del dragón son el testimonio del triunfo del vencedor.

Y, desatando el pañuelo que le había dado la princesa, enseñó las siete lenguas, y cogiéndolas luego una tras otra, metió cada una en la boca á que pertenecía, y todas las lenguas ajustaron perfectamente.

Luego, sacudiendo el pañuelo, preguntó á la princesa si recordaba habérselo dado á alguien.

—Se lo dí al que mató al dragón, contestó la princesa.

Entonces el cazador llamó al león y le quitó su collar de esmeraldas; al oso, y le quitó sus pendientes de diamantes; al lobo, y le quitó su brazalete de perlas; al zorro y á la liebre, y les quitó sus anillos.

Enseñando luego todas estas alhajas á la princesa, le preguntó:

—¿Conocéis estas alhajas?

—Sí, respondió la princesa, puesto que las repartí entre esos animales, que ayudaron en su lucha al que mató al dragón.

—Y ¿quién mató al dragón? preguntó Gottlieb.

—Vos, contestó la princesa.

—Pero ¿cómo es que no os envanecisteis de la victoria ni reclamasteis la mano de mi hija? preguntó el rey.

—Como estaba cansado, me tendí y me dormí, y entonces el mariscal vino y me cortó la cabeza. Luego se llevó á la princesa y se hizo pasar por vencedor del dragón. Pero el verdadero vencedor soy yo, y lo pruebo con las lenguas, con las alhajas y con el pañuelo.

Como quiera que algunos incrédulos se maravillaron de que, habiéndole cortado la cabeza el mariscal, estuviera sano y bueno, contó de qué modo le habían resucitado sus animales, como había corrido el mundo un año con ellos, y por fin, como había vuelto á la capital del reino, donde supo por el posadero la superchería del mariscal.

Entonces el rey preguntó á su hija:

—¿Es cierto que ese joven mató al dragón?

—Es cierto, contestó ésta; entonces juré callar, y he tenido que cumplir el juramento; pero hoy, conocida ya la infamia del mariscal sin mi participación, puedo hablar. Sí, añadió, designando á Gottlieb, sí, ése es el vencedor del dragón; á él le dí mi pañuelo y á sus animales mis alhajas. Por esto pedí el plazo de un año y un día para casarme con el mariscal, esperando que durante ese tiempo se averiguaría lo sucedido.

Entonces el rey reunió un consejo compuesto de doce individuos para juzgar al mariscal, el cual fué condenado á que le descuartizaran cuatro bueyes.

La sentencia se ejecutó con gran satisfacción de los súbditos del rey, que detestaban al mariscal.

El rey dió á su hija en matrimonio al cazador, y le nombró gobernador de todo el reino.

Celebróse la boda con gran pompa, y el joven gobernador hizo ir á vivir con él á su padre legítimo y á su padre adoptivo.

Tampoco olvidó al posadero y, llamándole á la corte, le dijo:

—Como me he casado con la hija del rey, vuestro jardín y vuestra casa me pertenecen.

—Es muy justo, contestó el posadero.

—No, dijo el joven; será justo, pero no decente. Guarda tu casa y tu jardín, y por añadidura quédate con las mil monedas de oro.

Tal vez creáis, queridos niños, que mi historia termina aquí; pero estáis en un error. Más adelante sabréis una verdad bien triste, y es que cuando se cree haber conseguido la mayor dicha, se está con frecuencia expuesto á caer en el más cruel infortunio.

IV

El joven príncipe y su esposa vivían muy felices, y como Gottlieb, á pesar de ser príncipe también, no había olvidado su antiguo oficio, iba á menudo de caza, recreándose grandemente en este ejercicio.

No hay para qué decir que cada vez que salía á cazar le acompañaban sus animales.

A unas cuantas leguas de la ciudad había una selva que pasaba por abundante en caza, pero que tenía muy mala fama; se había visto entrar en ella á muchos cazadores, pero ni uno solo había salido, sin que nadie pudiera decir lo que había sido de ellos.

Cada vez que el príncipe pasaba por delante de aquella selva, meneaba la cabeza diciendo:

—No estaré contento hasta haber penetrado en esa selva, y averigüe por mí mismo lo que en ella pasa.

Creció tanto este deseo, que Gottlieb no dejó tranquilo al anciano rey hasta que le concedió el permiso que solicitaba.

Así, pues, una mañana partió á caballo acompañado de numerosa escolta, y al llegar al lindero del bosque vió una cierva blanca como la nieve.

—Aguardadme aquí, dijo á los hombres de su escolta; quiero dar caza á esa magnífica pieza.

Y entró en el bosque, seguido solamente de sus fieles animales.

Sus gentes le aguardaron hasta la noche; pero como no le vieran volver, fueron á palacio y contaron á la joven reina lo que había pasado.

La pobre princesa, que adoraba á su Gottlieb, quedó sumida en horrible tristeza.

Entretanto, el joven príncipe había perseguido á la cierva blanca sin perderla de vista, pero sin poderla alcanzar. Hacía cinco horas que duraba la persecución, cuando de pronto el animal se disipó como el humo.

Entonces notó que se había introducido demasiado en el bosque. Cogió su trompa y la hizo resonar con todas sus fuerzas; pero, por más que escuchó, sólo oyó el eco que le respondía. En tal situación, y viendo que cerraba la noche, resolvió quedarse en la selva hasta la mañana siguiente, pensando que le sería impo-

sible dar con el camino de vuelta. Apeóse, pues, del caballo, encendió fuego al pie de un árbol y se preparó á vivaquear.

Se había tendido ya junto al fuego, así como sus animales, y ya no veía más que donde alcanzaba la claridad proyectada por la hoguera, cuando le pareció oír una voz humana que se quejaba. Miró á su alrededor, pero no vió alma viviente.

Resonó otro gemido, el cual procedía de arriba.

Gottlieb levantó la cabeza, miró al aire y vió una vieja encaramada en un árbol.

—¡Uy, uy! decía la vieja. ¡Qué frío tengo!

El joven príncipe la miró con extrañeza y se compadeció de ella, aunque tenía todo el aspecto de una lechuza más bien que el de mujer.

—Si tenéis tanto frío, bajad y os calentaréis, la dijo.

—No, porque me morderían vuestros animales, contestó la vieja.

Y en seguida repitió:

—¡Uy, uy! Me estoy helando.

—Mis animales no hacen daño á nadie, respondió Gottlieb; no hay que tenerles miedo. Venid, pues, á sentaros al fuego.

—No: tengo mucho miedo. No bajaré, á no ser que queráis tocar el lomo de vuestros animales con la rama que voy á echaros: entonces bajaré.

Gottlieb se echó á reír; y como no veía ningún inconveniente en hacer lo que le pedía la vieja, á la que tenía por loca, le contestó:

—Bueno; pues arracad la rama, echádmela

y tocaré con ella el lomo de mis animales.

Aun no había acabado de pronunciar estas palabras, cuando la rama caía á sus pies.

La cogió sin desconfianza y tocó con ella á sus animales, que, á su contacto, se quedaron enteramente inmóviles: estaban convertidos en piedra.

Mientras Gottlieb consideraba con estupefacción el prodigio que se acababa de operar, la vieja se deslizó á lo largo del tronco del árbol, y tocó por la espalda con su varita al joven, que al instante quedó petrificado como sus animales.

En seguida los arrastró, á él y á sus cinco animales, hasta una caverna, donde había ya otras muchas personas convertidas en piedras por sus maleficios.

Transcurrieron muchos días, y la joven princesa, viendo que no volvía su marido, estaba cada vez más triste.

Acontecía esto, por fortuna, en el momento en que el hermano del príncipe, el que había marchado hacia Oriente, regresaba al reino. Había buscado modo de vivir, y, no habiéndolo encontrado, se dedicó á hacer bailar sus animales en ferias y mercados.

Mas, como obedeciendo á una inspiración del cielo, se le ocurrió ir á ver el cuchillo que habían clavado en un árbol; y cuando llegó adonde estaba este árbol, vió que la hoja del cuchillo estaba reluciente por el lado por donde él llegaba y enmohecida por la parte hacia donde se había encaminado su hermano.

Pero sólo estaba enmohecida á medias.

Se asustó y dijo para sí:

—Alguna desgracia debe haberle sucedido á mi hermano; pero quizás le podré salvar, puesto que la mitad de la hoja está limpia.

Marchó, pues, sin pérdida de momento por el camino de Occidente; y cuando llegó á la puerta de la capital, el oficial que allí estaba de guardia le preguntó si quería que se avisase á su esposa su llegada, porque la princesa estaba hacia días llena de inmortal inquietud, persuadida de que había perecido en la selva encantada.

Y era que el oficial le tomó por el príncipe mismo, porque los dos hermanos se parecían extraordinariamente, á lo cual debe agregarse que también le acompañaban un león, un oso, un lobo, un zorro y una liebre.

El recién llegado comprendió que, según toda probabilidad, se trataba de su hermano, pensó que convenia hacerse pasar por él y que este error contribuiría probablemente á salvar á Gottlieb.

Hízose, pues, llevar á palacio, donde se le recibió con gran alegría.

La joven princesa creyó firmemente que era su marido y le preguntó por qué había estado tanto tiempo ausente.

—Me perdí en el bosque, y hasta hoy no he podido encontrar el camino, contestó.

Por la noche se le condujo á la alcoba de su hermano y se le invitó á acostarse en el lecho real; pero al acostarse puso entre él y la princesa una espada de dos filos: ella no sabía lo que esto significaba; pero no se atrevió á preguntárselo.

Wilfrido pasó dos días enterándose de todo lo

que se contaba acerca del bosque encantado, y al tercer día dijo:

—Decididamente, es preciso que yo vuelva á cazar á la selva.

El anciano rey y la princesa hicieron todo lo posible por disuadirle de ello; pero insistió y á la mañana siguiente partió con la misma escolta que había acompañado á su hermano.

Por el camino fué hablando astutamente con el oficial que la mandaba; de suerte que, como éste creía hablar con el joven príncipe, dijo á Wilfrido todo cuanto quería saber.

Al llegar al bosque, divisó la cierva blanca que había visto su hermano, y, como él, dijo á su escolta:

—Quedaos aquí, que yo voy á cazar solo á ese hermoso animal.

Y entró en la selva seguido únicamente de sus animales; persiguió á la cierva sin poder alcanzarla, vió que se desvanecía en el momento en que creía acorralarla, y al llegar la noche se creyó obligado, como su hermano, á vivaquear en el bosque.

Había encendido una hoguera como su hermano, cuando oyó gemidos sobre su cabeza.

—¡Ay, ay! decía una voz. ¡Qué frío hace aquí!

Levantó la cabeza y vió á la vieja bruja de ojos de lechuza.

—Si tienes frío ahí arriba, le dijo, baja y ven á calentarte.

—No bajo, contestó la bruja, porque tus animales me comerían.

—Mis animales no son malos; no te harán nada: baja.

—Voy á echarte una varita, y, si los tocas con ella, no me harán nada, en efecto.

Al oír estas palabras, el cazador demostró alguna sorpresa y dijo:

—Debe bastarte que yo te responda de mis animales: baja; pues, de lo contrario, iré á buscarte.

—¡Venir á buscarme! contestó la vieja. Aunque quisieras no podrías.

—Eso lo veremos, dijo el cazador; y para empezar voy á dispararte un balazo.

—No me dan cuidado tus balas: pruébalo y verás.

El cazador la apuntó y le disparó un tiro.

Pero como era bruja, estaba á prueba de las balas de plomo.

—¡Qué torpe eres! exclamó la vieja con risa sardónica.

Y le tiró su bala de plomo.

Al ver este mal resultado, el cazador, que rara vez erraba el golpe, no dudó ya de lo que era aquella vieja.

Por esto probó otro medio y, cargando de nuevo su escopeta, metió en el cañón uno de los botones de plata de su casaca; y como la bruja no estaba á prueba de las balas de plata, le rompió una pierna haciéndola caer del árbol al suelo.

El cazador le puso el pie en el pecho y le dijo:

—Vieja tunante, si no me dices al instante lo que has hecho de mi hermano, te echo á la hoguera.

La bruja tuvo miedo y pidió perdón.

—¿Dónde está mi hermano? preguntó el cazador, más imperiosamente que la primera vez.

—Tu hermano está en una caverna convertido en piedra, así como sus animales, contestó la vieja.

El joven la obligó á que le condujera á la caverna, lo que hizo andando á saltos, y cuando llegaron le dijo:

—Ahora, mala bruja, no solamente vas á devolver la vida á mi hermano y á sus animales, sino también á todas las personas que están aquí petrificadas.

Viendo la hechicera que era preciso obedecer, cogió una varita y tocó cada piedra, y el joven príncipe y sus animales se levantaron, así como una porción de personas, viajeros, mercaderes, artesanos y soldados, que dieron calurosas gracias á su libertador y se marcharon cada cual por su camino.

Quando los dos gemelos se vieron, se abrazaron con gran efusión, regocijándose de todo corazón de haberse encontrado tan milagrosamente.

En seguida se apoderaron de la bruja, y, para que no hiciera á nadie lo que á ellos les había hecho, la arrojaron al fuego, donde se quemó viva.

Apenas hubo muerto, la selva encantada desapareció como un vapor, y desde el sitio en que estaban los dos hermanos pudieron ver no tan sólo la ciudad, sino también el palacio del rey.

Al instante tomaron el camino del regio alcazar, y de paso se contaron sus aventuras. Gottlieb dijo á su hermano cómo había llegado á ser yerno del rey y gobernador general de todo el reino.

Quando hubo terminado su relato, el hermano tomó la palabra á su vez:

—He notado, dijo, que cuando entré en la ciudad todo el mundo me tomó por ti y me tributó honores reales: hasta tu mujer ha incurrido en esta equivocación; de suerte que he tenido que sentarme á la mesa á su lado y dormir con ella.

Al oír esto el joven príncipe, sintió unos celos furiosos que le cegaron hasta el punto de sacar su sable y cortar de un tajo la cabeza á su hermano.

Mas apenas había cometido este homicidio, se arrojó sobre el cuerpo decapitado, mesándose los cabellos, y demostrando la mayor desesperación.

Entonces el oso, que en las circunstancias más graves no perdía su presencia de ánimo, se acercó á él y le dijo:

—No te desesperes, amo mío: todo puede remediarse. La cabeza está cortada con limpieza y puede unirse al cuerpo. La liebre conoce la raíz de vida con que pegamos la tuya, y tendrá una satisfacción en prestarte el servicio de ir á buscarla.

—¡Oh mi querida liebre! exclamó Gottlieb juntando las manos.

Pero la liebre estaba ya lejos; corría tan de prisa que apenas se la podía seguir con la vista.

Tanto corrió que á las veinte horas estaba ya de regreso.

Pusieron el cuerpo de pie, la cabeza sobre el cuello, la raíz de vida entre los dientes, y la cabeza se adhirió tan perfectamente que el hermano mayor ignoró siempre lo que había pasado y creyó que le había sorprendido un profundo

sueño, atribuyéndolo á lo muy cansado que estaba.

Pero como ya se hallaba descansado y dispuesto, echó á andar inmediatamente, y á las dos horas llegaban á las inmediaciones de la ciudad.

Entonces Gottlieb dijo á su hermano:

—Te pareces tanto á mí que es fácil confundirte conmigo; tienes como yo vestiduras reales, y como á mí, tus animales te siguen. Entremos en la ciudad cada cual por una puerta opuesta, y lleguemos al mismo tiempo á palacio.

Al hermano mayor le pareció bien la proposición, y ambos se separaron.

Llegados á la ciudad, cada uno se presentó, como habían convenido, en la puerta opuesta.

El oficial de guardia se puso al punto en marcha; y como había uno en la puerta en que se presentaba el joven príncipe, y otro en aquella á donde había llegado su hermano, ambos entraron en palacio á la vez, anunciando los dos la llegada de príncipe con sus animales.

—Eso no es posible, dijo el rey. ¿Cómo puede estar mi yerno al mismo tiempo en la puerta del Norte y en la del Mediodía? Las dos puertas distan entre sí una legua.

En aquel momento llegaron los dos hermanos por lados opuestos. Se apearon del caballo en el patio, cada cual á un lado de la escalinata, y subieron juntos á la sala de recepción.

—Hija mía, dijo el rey á la princesa, mira cuál de los dos es tu marido, porque yo no acierto á conocerlo.

La princesa se quedó muy perpleja, cuando

de pronto se acordó de los regalos que había hecho á los animales.

Detrás de Gottlieb estaba el león con su collar de esmeraldas, el oso con sus pendientes de diamantes, el lobo con su brazaletes de perlas, el zorro y la liebre con sus anillos, uno de zafiros y otra de rubíes.

La princesa extendió la mano hacia Gottlieb y dijo:

—Este es mi marido.

—Es verdad; contestó el príncipe riendo.

Todos se sentaron en seguida á la mesa. La comida fué alegre, y cuando por la noche Gottlieb acompañó á su mujer á su alcoba, ella le preguntó:

—¿Por qué pusiste la noche pasada entre tu y yo una espada de dos filos? Al pronto me asusté mucho, creyendo que querías matarme.

Entonces el joven príncipe conoció cuán fiel le había sido su hermano.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO